

Textos escritos por personas adultas que se alfabetizaron recientemente



22. Me fui a probar suerte al norte

María Martínez de Mendoza, 74 años, ama de casa,
Sahuayo, Michoacán, México, 2007

Cuando yo era niña vivía en México y todo el tiempo estuvimos rentando casas porque no teníamos dinero para comprar una, por eso mismo no pudimos estudiar, nos pusieron a trabajar muy chicos para que ayudáramos con los gastos de la casa. En muchos lugares no me quisieron dar trabajo porque no sabía leer ni escribir.

Después me casé y tuve ocho hijos. Mi esposo murió muy joven y yo tuve que sacar adelante a mis hijos. Fueron creciendo y poco a poco me iban ayudando con los gastos de la casa porque yo rentaba y no me alcanzaba el dinero para pagar la renta y darles de comer, nos vinimos a vivir aquí a Sahuayo y seguimos rentando.

Ya que mis hijos estaban casados me fui a probar suerte al norte de mojada. Cuando me fui atravesamos por el desierto. Fue una experiencia muy grande ya que nunca había ido a Estados Unidos. Cuando estuve allá tuve que aprender a ganarme la vida ya que era muy difícil porque tenía que aprender otra forma de hablar que yo no conocía. Tuve que buscar un trabajo donde no tuviera que hablar mucho inglés ya que lo que sabía era muy poquito, estuve trabajando en hoteles de camarera.

Después trabajé cuidando niños y lo que me pagaban se los iba mandando a mis hijos para que lo metieran al banco y así poder juntar para comprar una casa, pasaron muchos años para que yo pudiera juntar lo necesario para la casa, después una prima le dijo a su mamá que me vendiera una parte de un terreno que ella tenía, me lo vendió y poco a poco fui fincando mi casa. Cuando ya tenía mi casa me vine a Sahuayo para estar otra vez con mis hijos. Aunque ya están casados siempre hemos estado muy unidos y no han dejado de visitarme, después de un tiempo me volví a ir al norte porque mis patrones me decían que les hacía mucha falta para que les cuidara sus niños. Cuando me fui pude arreglar más mi casa, cuando mi casa estaba más arreglada me vine otra vez a Sahuayo y aquí me quedé con mis hijos.

Mis hijos siempre me decían que aprendiera aunque fuera a leer y escribir porque en el banco necesitaba firmar y yo no sabía cómo poner mi nombre y nada más ponía MMM que son las primeras letras de mi nombre porque me llamo María Martínez Mendoza.

Yo siempre les contestaba que yo ya no estaba para esos trotes, que con mi edad ya no se me iba a pegar nada aparte de que a mi edad ya no había escuelas para aprender, que yo así estaba bien, aunque yo sabía que eso no era cierto porque al ver que otras personas sí sabían leer y escribir me sentía como humillada porque ellas sí sabían y yo no.

Un día llegó mi nieta con una amiga y me dijo de unas clases que les iban a dar a la gente que no sabía leer y escribir, que estaban juntando gente para darles clases. Cuando juntaron el grupo yo me ofrecí para que dieran las clases en mi casa y yo también me anoté en el grupo para aprovechar y aprender a leer y a escribir.

Al principio de las clases me sentía con mucha vergüenza por no saber nada pero me sentía con confianza porque era mi nieta la que me estaba dando las clases y los demás alumnos eran mis vecinos. Por eso me comencé a sentir en confianza ya que no era la única que no sabía leer y escribir.

Como apenas estaba empezando a aprender era muy difícil ya que no sabía ni una letra pero poco a poco fui aprendiendo las letras. Al principio me costaba mucho trabajo acordarme de cómo se llamaba cada letra, pero ya después se me hacía más fácil acordarme de ellas porque las repasábamos en cada clase y se me fueron grabando aparte de que nos dejaban tarea

para hacerla en casa y no se nos olvidara lo que vimos en la clase.

Después nos fueron enseñando a formar palabras con las letras que ya habíamos visto antes. Fue muy difícil porque algunas palabras no se escriben igual que como se pronuncian. Las maestras nos ayudaban mucho porque repasaban con nosotros las palabras y nos decían si estaban mal escritas o no.

Nos enseñaron a hacer sumas y restas, esas cuentas se me hicieron muy fáciles ya que toda la vida las había hecho pero en la mente para saber cuánto iba a pagar en la tienda y cuánto me iban a dar de cambio, por eso las aprendí con más facilidad aunque muchas veces ni siquiera me fijo en el cambio que me dan.

Ahora ya puedo decir que ya se leer y escribir y me siento muy contenta, porque quién iba a decir que a pesar de ser mayores de edad pudiéramos aprender a leer y escribir y hasta poder estudiar la primaria.

Saber leer y escribir me ha cambiado mucho en la vida y ahora cuando mis hijos me mandan dinero de los Estados Unidos ya puedo firmar con mi nombre completo y no con tres M como antes lo hacía, también ya se cuánto dinero me van a dar y puedo saber si me están robando.

También ahora ya puedo escribir cualquier palabra o hacer cualquier suma o resta, ahora ya no me siento menos que nadie.

Estoy muy agradecida por esta oportunidad que nos dieron a las personas que no sabíamos nada y que ahora ya sabemos muchas cosas que no sabíamos antes. Yo creo que todas las personas deberían aprender porque es una experiencia muy bonita porque además de aprender también conviví con las demás personas que estaban estudiando como yo.

Saber leer y escribir fue como dar un paso muy grande, porque no todas las personas de mi edad se animan a estudiar. Cuando empezó a formarse el grupo éramos muchas las personas que estábamos animadas a estudiar pero poco a poco se fue deshaciendo el grupo y las personas empezaron a faltar a las clases y ya no querían ir porque se desesperaban de no saber nada.

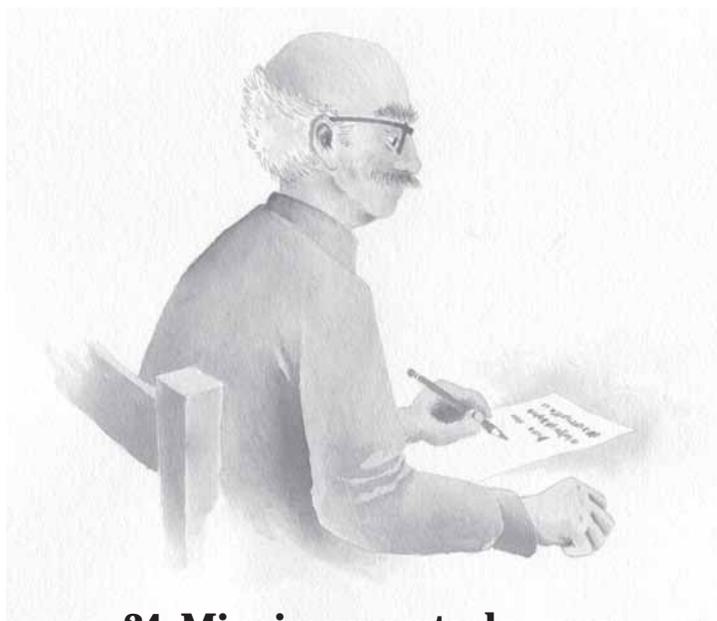
Gracias a Dios yo no me desanimé y seguí adelante con las clases.

23. Nuestro pueblo

Nargis Begum, Norsingdhi, Bangladesh, 2006

El nombre de nuestro pueblo es Middle Shilmandi. La belleza natural que rodea a nuestro pueblo es maravillosa. Tiene una escuela primaria, un jardín de niños y un centro comunitario de enseñanza. Vamos al centro comunitario de enseñanza, que se conoce como Ganokendra. Nuestros niños también se reúnen aquí algunas veces para aprender diferentes temas. Algunos visitan el centro para leer los periódicos. El director y los miembros del Consejo Local nos estimulan para que leamos. Todos los niños de nuestro pueblo van a la escuela.

Nuestro pueblo se está desarrollando. Algunas personas del pueblo obtuvieron un crédito de Ganokendra para poner un negocio. También se está desarrollando la agricultura. Antes había pocas instalaciones en nuestro pueblo. Ahora existen muchas instalaciones para nosotros.



24. Mi primera carta de amor

Solís Barrero, 60 años, trabajador manual,
Las Piedras, Uruguay

Acabo de escribir mi primera carta de amor. La he escrito con el pulso temblón, el corazón al galope y la boca reseca. Y no porque tema que María lo rechace. ¡No, hombre, si de algo estoy seguro es de que María recibirá la carta con mil amores!

Lo que pasa es que he escrito mi primera carta de amor a los 60 años y cuando llevo nada menos que 35 casado con María. Y conste: no por desamor, por olvido inexplicable u otra peregrina razón.

Es que hasta hace unos días yo no sabía garrapatear una dichosa letra, o siquiera leer un cartelito que dijera “Pe-li-gro”. Si de eso dependía mi vida, ¡allá íbamos de viaje!

Fue la misma María la que me contó que en el pueblo iban a enseñar a leer y escribir, y la que me embulló a matricular, tal vez para que un día yo pudiera escribirle una carta de amor.

Al principio me resistí, claro. ¿A la escuela con 60 años? A esta edad los sesos están oxidados y la letra ni con sangre entra. Pero tanto me dio María, que al final me decidí. ¡Qué carajo!

Yo vivo en las afueras de Las Piedras, una ciudad 25 kilómetros al norte de Montevideo, donde a principios del Siglo XIX el general Artigas libró por la independencia uruguaya una batalla tan exitosa como la que ahora libramos contra el analfabetismo.

Cuando venía a Las Piedras a hacer un trabajito y me apuntaban la dirección en un papelito, tenía que dárselo a alguien para que me lo leyera... ¡Ah, cuántas vergüenzas pasé!

Sabía lo que eran la ferretería, la oficina de correos, la barbería y otros lugares a fuerza de usarlos, pero ¡la de sitios que descubrí para qué servían después de aprender a leer! Por eso digo que desde que dejás de ser analfabeto empiezas a ver al mundo con otros ojos.

Yo soy uno de los 25 vecinos de Las Piedras y sus alrededores que en sólo tres meses aprendió a leer y escribir mediante el método cubano “Yo sí puedo”, que al ser adecuado al país e impartirse por maestros uruguayos pasó a llamarse “En el país de Varela, yo sí puedo”.

¡Qué nombre tan bien puesto! Y ahora voy a seguir estudiando, demostrando que Yo sí puedo. ¿Verdad, María?



25. Quiero ser dueña de mi propio negocio

Rita Maria de Jesús, 43 años, ama de casa,
João Pessoa, Paraíba, Brasil, 2007

Mi sueño es terminar mis estudios y formarme como contadora. Quiero ser contadora, poseer mi propia oficina, trabajar para mí, montar mi propio negocio, poder ordenar lo que debo colocar para trabajar. Porque quiero ser dueña de mi propio negocio. ¡Si Dios quiere!

Para realizar mis sueños tengo que luchar mucho, esforzarme bastante, estudiar mucho, tener mucha fuerza de voluntad para lograr y realizar mis sueños que siempre soñé. ¡Si Dios quiere!

26. Aquí se enseña y se aprende

Texto colectivo de Anita, 25 años, Meena, 27 y Krishna, 15,
campesinas, Lalitpur, Uttar Pradesh, India, 2005

Muchas mujeres vienen a Sahjani Shiksha Kendra. Aquí se enseña y se aprende. A nosotras, las hermanas, nos gusta estar aquí. En la mañana, después de despertar, nos bañamos, tomamos el desayuno y después nos sentamos para estudiar. Sentimos que estamos en la casa de nuestra madre. Podemos estar con nuestras amigas cercanas. Tenemos libros para leer y pizarrones y gises para escribir. Llegamos a tener mucha buena información.

27. Así podremos reclamar nuestros derechos

Julia Aparicio de Sánchez, 53 años, campesina y madre de familia,
El Cónдор, Tarija, Bolivia, 2007

Ahora tengo 53 años, pero me siento fuerte, por eso sigo trabajando. Soy campesina y madre de 12 hijos. Antes de aprender a leer y a escribir era como ciega, veía letreros y papeles por donde caminaba cuando iba a la ciudad, pero no sabía qué decían ni de qué trataban. No podía yo firmar mi nombre. Pero tuve la oportunidad de aprender a leer y a escribir y a hacer cuentas y gracias a eso puedo decidir mejor

por dónde caminar cuando voy a la ciudad, ya puedo leer las cartas que me mandan mis hijos y puedo participar en otros talleres de capacitación, puedo reclamar por proyectos para el desarrollo de mi comunidad. Ahora puedo contar más rápido el dinero cuando vendo algo o cuando tengo que hacer otro tipo de ventas y compras. Ya no tengo que poner mi huella digital, firmo con mi nombre. Y puedo controlar mejor los gastos que hago en mi casa. Entro en cualquier lugar con más seguridad y sin preguntar tantas cosas porque ya puedo leer. Ya puedo darme cuenta de dónde queda cualquier oficina. Y también veo la vida de otra manera, es como si me hubiera quitado una venda de mis ojos.

Por último, lo que digo es que quiero seguir adelante y decirles a las otras mujeres que también se capaciten, que aprendan, así podremos reclamar nuestros derechos.

28. Ame para que el mundo sea mejor

Espedito Lima da Silva, 29 años, albañil,
João Pessoa, Paraíba, Brasil, 2007

Los amigos hacen una rueda tomándose de las manos.

Mi sueño es que todo el mundo, todos los países, todas las ciudades, todas las calles se den la mano y se amen como cristianos. Si los niños crecieran así, el mundo sería mejor. Haga como Espedito, ame para que el mundo sea mejor.



29. Identidad

Asha Shikder, Jhenidaha, Bangladesh, 2006

Contemplo el lirio
en el estanque;
La flor nacional de Bangladesh
Ofrece una grata sonrisa.

El cuerpo del Tigre Real de Bengala,
una camisa rayada;

El animal nacional de Bangladesh
llamado Tío Tigre.

El dulce pájaro Doel
mantiene su cola hacia arriba;

Al pájaro nacional de Bangladesh
no lo podemos olvidar.

30. La persona más importante de mi vida

Antonio Pereira Nunes Triculino, 22 años, sirviente,
João Pessoa, Paraíba, Brasil

Mamá: ésta es la primera vez que tomo el lápiz para escribirle a la señora. Esto nunca fue necesario porque nuestra convivencia nunca fue tan distante para que tuviese la necesidad. Pero a través de un trabajo de la escuela, que no pasa de ser un juego, lo tomo muy en serio, pues se trata de hablar de la persona más importante de mi vida. Yo agradezco todos los días a Dios por haber escogido a la señora para ser mi madre. Dios le dé mucha salud y muchos años de vida para que yo pueda pedirle su bendición todos los días y para que yo pueda oírle decir: Dios te bendiga. Madre, un abrazo de su hijo José.





31. Ser abogada para defender a los borrachos de las calles

Josefa Dias, 43 años, lavandera, João Pessoa, Paraíba, Brasil, 2007

Lo que yo puedo decir es que soy feliz. Lavo ropa ajena desde hace 12 años. No me siento realizada porque me faltan muchas cosas. Mi felicidad es mi familia, mis hijos que no tienen ningún vicio. Me gustaría vivir en otra casa, en otra calle, tal vez en otro barrio, pero que no fuera tan estrecho.

Mis sueños, no sé si tengo alguno todavía, porque soñé mucho y ninguno se realizó, dejé de soñar y dejé de sufrir por lo que no alcanzo a realizar. Ahora tengo un deseo: ser abogada para defender a los borrachos de las calles.

32. Sentir el placer de vivir con dignidad

Francisca Mendes Albuquerque, 68 años, ama de casa, João Pessoa, Paraíba, Brasil, 2007

El día 3 de julio de 2006 comencé a estudiar en el Proyecto Sal de la Tierra para realizar mis sueños. Quería actualizar mi portugués. Era comenzar una nueva vida. Leer, escribir, y sentir el placer de vivir con dignidad y como ciudadana. Vivir bien y saber lo que se quiere, lo que se hace, descubrir sus cualidades y saber que se es capaz de desarrollar sus actividades. Mis sueños dorados: conciencia colectiva, protección total del medio ambiente y toda la naturaleza, no sólo los vegetales, sino todo lo que tiene vida.



33. Flor

Nasima Akhter, Jhenidaha, Bangladesh, 2006

Quisiera florecer como la flor
con una vida llena de aromas,
despertar como la flor
con el rocío mañanero en la vida.

Quisiera sacrificar como la flor
la vida con alegría;

Quisiera reír como la flor
en la alegría o en la tristeza.
Lentamente aprendemos
el tesoro del conocimiento;

Quisiera construir la vida
éste es nuestro sueño.
Deberíamos prometernos
construirla con la luz del conocimiento;
dejar correr ese interminable
valioso tesoro.



34. Acerca de la vida

María Sonia Cleodon de Lima, 57 años,
auxiliar de servicios generales,
João Pessoa, Paraíba, Brasil

¿Qué es lo que haces? Yo trabajo.

¿Qué sientes? Alegrías.

¿En qué piensas? En la familia.

Mis problemas:

Mi tristeza es mi familia.

Mis sufrimientos son mi casa.

Mi sueño es ver a mi madre sana.

Mi ilusión es tener un carro.

Mi proyecto es estudiar y trabajar.

35. Halli va a Delhi

Texto colectivo de Rajkumari, 15 años, Ramkumari, 16, Meera, 16
y Gayasi, 19, campesinas,
Lalitpur, Uttar Pradesh, India, 2003

Esto sucedió hace tres años, en el mes de agosto. Dejaba mi pueblo por primera vez. Iba a Delhi con mi esposo. Empaqué rápidamente algunas provisiones —sal, cúrcuma, una cobija, un recipiente, y algunas prendas de ropa. Mi corazón latía con tensión y nerviosismo. ¡Delhi es una ciudad tan grande!

De mi pueblo llegamos primero a Mehroni, la ciudad más cercana. De ahí fuimos a Lalitpur, la cabecera municipal. Compramos boletos de tren para Delhi. El tren llegó y vi los grandes vagones. Mi corazón comenzó a palpar con fuerza. Tenía miedo de no poder subirme. Me hubiera quedado. Pero me subí y sin darme cuenta ya estaba en Delhi.

La estación de Delhi estaba llena de gente. Sentía que estaba en un carnaval. Fuera de la estación había una gran cantidad de carros. ¿A dónde iban tantos vehículos? Vi a la gente correr de un lado a otro. Entre los carros y la gente era difícil cruzar la calle. Mis ojos estaban asombrados y se movían de un lado a otro mirando todos los grandes edificios y tiendas elegantes. Finalmente llegó el autobús y subimos para llegar a nuestro destino.

36. Dios no es el que cría

Maria Nazaré Fernandes da Silva, 68 años, campesina y ama de casa, Bebelândia, Pernambuco, Brasil, 2007

Soy madre de tres hijos, fui una madre que sufrí en la vida para criar a mis hijos. Me fui a Río de Janeiro y asumí toda la responsabilidad para criarlos, Dios no es el que cría.

Estoy muy agradecida por estar estudiando con todos los que formaron este proyecto Sal de la Tierra en Bebelândia. Me gustan mucho mis educadoras y mis coordinadoras, para mí ellas son ángeles caídos del cielo, porque me gustan mucho.

Tengo cinco nietos, tres nietas y dos nietos. Me gusta trabajar la tierra para plantar maíz, frijol, habas, mandioca, ñame, papas. Soy una madre viuda y no tengo buena salud, pero todo está en la voluntad de nuestro Padre del cielo, porque quien cree en él toda la vida está bien, porque no desprecia a sus hijos. Él sólo da vida, agua y pan y la luz del sol.

Aquí en mi calle tengo agua entubada, calles asfaltadas, iglesia, escuela, muchos taxistas, centro de salud, depósito de material para la construcción y mercado. Hay muchos insectos que llaman zancudos, sapos y culebras. Para acabar de completar, todos los insectos malos como caracoles.

¡Buena suerte!

37. Soy una persona feliz con la vida

Odete Nóbrega Diniz, 63 años, ama de casa, Mutirao-Bayeux, Pernambuco, Brasil, 2007

Me llamo Odete, sueño con viajar a Curitiba, São Paulo y Río de Janeiro, para ver de cerca el desfile del carnaval en las calles y conocer la capital Río de Janeiro.

Conocí a Francisco, profesor del Proyecto Sal de la Tierra. El primer año no estudié. En el segundo año hablé con Francisco y le dije que quería estudiar, y él dijo: “qué bueno, doña Odete”. Estoy estudiando, aprendiendo y escribiendo mejor, pues no sabía escribir. Para mí esto es muy bueno.

Estoy casada con João, pero no tenemos hijos, porque cuando me casé con él ya era viuda y tenía siete hijos, hoy todos están casados. Tengo doce nietos y tres bisnietos. Tengo 63 años y soy una persona feliz con la vida.

38. El conocimiento se convirtió en nuestra fuerza

Texto colectivo de Parvati, 16 años, Sunita, 18, Kalawati, 14
y Hemantri, 16, campesinas,
Lalitpur, Uttar Pradesh, India, 2005

Mi nombre es Rampyari. Vivo en el pueblo de Gauna. Fui a la reunión “Mujer y Educación” en Mehroni. Allí vi una obra de teatro callejera. En la obra nos hablaron sobre las reglas del sistema de racionamiento en el que se nos venden granos alimenticios a bajo costo.

Cuando fui a recoger mi ración en la tienda me dieron 23 kilos de trigo y 12 kilos de arroz. Le di al propietario de la tienda cien rupias. No me devolvió cambio. Le dije que me devolviera cambio. Me dijo que por la cantidad de granos que me había dado la cantidad de dinero era la correcta.

Pero yo no cedí. Dejé el grano y comencé a caminar a mi casa. El propietario de la tienda de racionamiento comenzó a decirle a otro hombre que estaba por ahí: “Estas mujeres *dalit* (mujeres de casta inferior) se están creyendo mucho. Antes nunca gritaban. ¿De dónde han obtenido tantos conocimientos?” El hombre contestó: “Oh, van a estudiar a Sahjani Shiksha Kendra. Allí les dan ese tipo de información. Por eso han comenzado a exigir”.

Entonces el dueño de la tienda me llamó. “Por esta vez te llevas todo este grano y el mes que entra te daré la cantidad total al precio correcto”.

Yo pensé para mis adentros: ¡sólo sabré si dice la verdad hasta el mes que entra!

39. Miraron sorprendidos marchar a las mujeres

Texto colectivo de Parvati, 16 años, Sunita, 18, Kalawati, 14,
y Hemantri, 16, campesinas,
Lalitpur, Uttar Pradesh, India, 2005

Parvati, del pueblo de Patha, que vino a la *mela* sobre educación de las mujeres, nos dijo que cuando comenzaron las discusiones acerca de acudir a una marcha de protesta, estaba asustada y avergonzada.

Parvati decía: ¿Cómo puedo caminar en una procesión así? Si me ven los hombres de mi pueblo, ¿qué pasará? Me señalarán con su dedo y dirán: “Mírala levantando sus manos y gritando consignas. En el pueblo casi nunca sale de la casa. Aquí está enseñando su cara a todo el mundo”.

Pero cuando vi a todas las demás mujeres preparándose para participar, sentí que también yo debía participar en la marcha. Que me vean los miembros de mi familia, que me vean los pobladores, después de todo ¿estoy haciendo algo malo? Sólo queremos decirle a todos que las mujeres adultas pueden estudiar.

Cuando la procesión llegó a las calles podíamos ver a mujeres en todos lados. La gente veía sorprendida a las mujeres marchar. La gente se preguntaba ¿a dónde van esas mujeres con estandartes y pancartas en las manos?

Al caminar con todas las mujeres, gritando consignas, no sé cuándo dejé de tener vergüenza y cuándo desaparecieron mis temores.

